

nidad. No os opongáis á mi partida. Huyo de un hombre á quien amo, pero ante todo soy romana y buena católica. Este hombre perdería mi alma si yo estuviese mucho tiempo con él; es un ateo, un nigromántico, á quien Dios acaba de advertir por medio del rayo. ¡Ojalá que se aproveche del aviso! Repetidle lo que os he dicho, y bendecido seáis por el socorro que me habéis dado.

— Adiós.

Después de esta palabra, ligera como los vapores que flotan sobre los pantanos, se separó y desapareció en el aéreo galope de Djerid.

El joven, viéndola huir, no pudo ahogar un grito de sorpresa y de admiración.

Este grito, que resonó en el interior del carruaje, despertó á los viajeros.

### III

#### Gilberto

Un grito, como hemos dicho, despertó al viajero, quien salió precipitadamente de la caja, la cerró con cuidado, y echó con inquietud la vista en torno suyo.

Lo primero que percibió fué al joven en pie y des-pavorido. Un relámpago que brilló al mismo tiempo, le permitió examinarle de pies á cabeza, examen á que parecía habituado el viajero, con todo personaje nuevo ó con cualquiera cosa nueva que veía por primera vez.

Era un joven de diez y seis á diez y siete años apenas, pequeño, delgado y nervioso; sus ojos negros que fijaba atrevido en el objeto que llamaba su atención, carecían de dulzura pero no de encanto; su nariz, delgada y corva, sus finos labios y sus juanetes salientes, anunciaban la astucia y la circunspección, al paso que en la vigorosa prominencia de su barba redonda se revelaba la resolución.

— ¿Sois quien acaba de gritar? le preguntó.

— Sí, señor, respondió el joven.

— ¿Y por qué habéis gritado?

— Porque;... el joven se detuvo irresoluto.

— ¿Por qué? insistió el viajero.

— Señor, dijo el joven, ¿había una señora en el cabriolé?

— Sí.

Y los ojos de Bálamo se fijaron en la caja, como si hubiese querido penetrar el espesor de los tableros.

— ¿Había un caballo atado á los muelles del carruaje?

— Sí, pero ¿en dónde diablos está?

— Señor, la señora del cabriolé se ha marchado en el caballo que estaba atado á los muelles.

El viajero no lanzó una exclamación, ni pronunció una palabra, saltó al cabriolé, corrió las cortinas de cuero, y un relámpago que en aquel momento incendiaba el cielo, le mostró que el cabriolé estaba vacío.

— ¡Sangre de Cristo! exclamó con un rugido parecido al trueno que le servía de acompañamiento. Luego miró en torno suyo como buscando algún medio de ponerse en su seguimiento; pero muy luego reconoció la ineficacia de los medios.

— Tratar de dar alcance á Djerid con uno de estos caballos, replió sacudiendo la cabeza, sería como enviar la tortuga en persegimiento de la gacela. Pero yo sabré en dónde está... á no ser que....

Llevó con viveza y ansiedad la mano al bolsillo de su chupa, sacó una carterita y la abrió. En una de las bolsas de esta cartera había un papel plegado, y en este un bucle de cabellos negros.

— Vamos, dijo pasando por su frente una mano que se cubrió al punto de sudor, vamos, está bien; ¿y no os ha dicho nada al marchar?

— Sí, señor.

— ¿Qué os ha dicho?

— Que os dijera que no os dejaba por odio, sino por temor; que era una buena cristiana, mientras que vos, por el contrario.....

— ¿Mientras que yo, por el contrario? repitió el viajero.

— No sé si debo decirlo, dijo el joven.

— ¡Eh, decidlo con mil diablos!

— Mientras que vos, por el contrario, erais un ateo y un incrédulo, á quien Dios se había dignado dar esta noche un aviso; que ella había comprendido ese aviso de Dios, y que os invitaba á vos á aprovecharlo.

Una sonrisa de desprecio asomó á los labios del viajero.

— ¿Es eso todo lo que os ha dicho? preguntó.

— Todo.

— Entonces, hablemos de otra cosa.

Y desaparecieron de la frente del viajero las últimas huellas de inquietud y desagrado.

El joven miraba todos esos movimientos del corazón reflejados en la cara, con una curiosidad que indicaba que también él estaba dotado de cierta dosis de observación.

— Ahora decidme, ¿cómo os llamáis, joven amigo?

— Gilberto, señor.

— ¿Gilberto á secas? me parece que ese será el nombre de bautismo.

— Es mi nombre de familia.

— Y bien, mi querido Gilberto, la Providencia os ha colocado en mi camino para sacarme de embarazos.

— Á vuestras órdenes, caballero, y cuanto pueda hacer....

— Lo haréis; mil gracias. Sí, á vuestra edad se hace un servicio, por el placer de hacerlo, lo sé; además, lo que voy á pedir, no es difícil: es pura y sencillamente que me indiquéis un abrigo para pasar la noche.

— Poco más adelante hay una roca, dijo Gilberto, bajo la cual me he guarecido de la tempestad.

— Sí, dijo el viajero, pero quisiera mejor una cosa así como una casa donde encontrase buena cena y buena cama.

- Eso es más difícil.
- ¿Estamos muy distantes de la primera aldea?
- ¿De Pierrefitte? |
- ¿Se llama Pierrefitte?
- Sí, señor; legua y media poco más ó menos.
- Legua y media de noche, con este tiempo y con dos caballos solamente es asunto de dos horas. Vamos, amigo, busca bien: ¿no hay en estos alrededores ninguna habitación?
- El castillo de Taverney, que está á trescientos pasos lo más.
- Bien; entonces... dijo el viajero.
- ¿Qué? preguntó el joven abriendo extremadamente los ojos.
- ¿Por qué no dijisteis esto desde luego?
- Porque el castillo de Taverney no es una posada.
- ¿Está habitado?
- Ciertamente.
- ¿Por quién?
- Por el barón de Taverney.
- ¿Y quién es el barón de Taverney?
- El padre de la señorita Andrea, caballero.
- Mucho me agrada saber eso, dijo sonriéndose el viajero, pero os preguntaba qué especie de hombre era el barón.
- Es un señor viejo de sesenta á sesenta y cinco años, que ha sido rico en otro tiempo, según dicen.
- Sí, y que ahora es pobre; es la historia de todos. Amigo mío, conducidme á casa del barón de Taverney, os lo suplico.
- ¿Á casa del barón de Taverney? exclamó el joven casi espantado.
- ¿Qué es esto? ¿rehusaréis hacerme tan corto favor?
- No, caballero; pero es que.....

- ¿Qué?
- Que no os recibirá.
- ¿No recibirá á un caballero extraviado que le pide hospitalidad? ¿Es un oso ese barón?
- ¡Phs! dijo el joven con una entonación que quería decir: «Se parece mucho, señor.»
- No importa, replicó el viajero, me aventuraré.....
- No os lo aconsejo, respondió Gilberto.
- ¡Bah! dijo el viajero. Aunque sea un oso vuestro barón, no me ha de comer vivo.
- No; pero tal vez os cierre la puerta.
- Entonces la echaré abajo; á menos que rehuséis servirme de guía.....
- No me opongo, caballero.
- Enseñadme el camino.
- Como gustéis.
- El viajero entró en el cabriolé y tomó una linterna. El joven esperó un instante: estando apagada la linterna, creyó que el extranjero entraría á encenderla en el interior del carruaje, y podría ver por la rendija de la puerta lo que encerraba la caja.
- Pero éste no se acercó ni aun á la portezuela.
- El viajero dió la linterna á Gilberto.
- Éste la volvió y revolvió por todos lados.
- Caballero, ¿qué queréis que haga con esta linterna? dijo.
- Que alumbréis el camino, y yo guiaré los caballos.
- Pero vuestra linterna está apagada.
- Vamos á encenderla.
- ¡Ah! sí, dijo Gilberto, tenéis fuego en el interior del carruaje.
- Y en mi bolsillo, respondió el viajero.
- Con la lluvia será difícil encender yesca.
- El viajero se sonrió.

— Abrid la linterna, dijo.

Gilberto obedeció.

— Poned vuestro sombrero sobre mis manos.

Gilberto obedeció también, y siguió estos preparativos con la mayor curiosidad. Gilberto no conocía otro modo de sacar fuego que con el eslabón y el pedernal.

El viajero sacó de su bolsillo un estuche de plata y del estuche una cerilla; después, abriendo la parte posterior de esta cajita, bañó la cerilla en una materia inflamable, sin duda, porque al punto ardió dando un leve chasquido.

La acción fué tan instantánea y tan inesperada que Gilberto se estremeció.

El viajero se sonrió al ver esta natural sorpresa en una época en que sólo algunos químicos conocían el fósforo y guardaban este secreto para sus personales experimentos.

El viajero comunicó la llama mágica á la mecha de su bujía y cerró el estuche que guardó otra vez en su bolsillo.

El joven siguió con vista codiciosa y ardiente el precioso estuche, y era evidente que mucho habría dado por poseer semejante tesoro.

— Ahora que tenemos luz, ¿queréis guiarme? preguntó el viajero.

— Venid, caballero, dijo Gilberto.

Y el joven echó á andar delante, mientras que su compañero, tomando el caballo del freno, le obligaba á marchar.

Además, el tiempo se había vuelto más tolerable, la lluvia había cesado, y la tempestad se alejaba bramando.

El viajero fué el primero que quiso anudar la conversación.

— ¿ Parece que conocéis bien, amigo mío, al barón de Taverney? dijo.

— Sí, señor, es muy sencillo, porque desde niño estoy en su casa.

— ¿ Es pariente vuestro tal vez?

— No, señor.

— ¿ Vuestro tutor?

— No.

— ¿ Vuestro amo?

El joven se estremeció á esta voz de amo, y sus mejillas, ordinariamente pálidas, se tiñeron de un vivo carmesí.

— Caballero, no soy criado, dijo.

— Pero en fin, dijo el viajero, seréis algo.

— Soy hijo de un antiguo colono del barón, y mi madre ha sido la nodriza de la señorita Andrea.

— Comprendo; estáis en la casa á título de hermano de leche de la joven, porque presumo que la hija del barón será joven.

— Caballero, tiene 16 años.

De las dos cuestiones, Gilberto descartaba una. Era precisamente la personal.

El viajero hizo al parecer la misma reflexión que nosotros, pero dirigió su interrogatorio por otro lado.

— ¿ Por qué azar estabais en el camino con un tiempo como el que hacía? preguntó.

— No estaba en el camino, caballero; estaba bajo una roca que lo costea.

— ¿ Y qué haciais bajo la roca?

— Leía.

— ¿ Leíais?

— Sí.

— ¿ Y qué leíais?

— El *Contrato social* del señor J.-J. Rousseau.

El viajero miró al joven con cierta admiración.

- ¿Habéis tomado ese libro de la biblioteca del barón? preguntó.
- No, señor, lo he comprado.
- ¿Dónde... En Bar-le-Duc?
- No, aquí, á un buhonero que pasaba: hace mucho tiempo que pasan buhoneros con frecuencia por el campo y traen buenos libros.
- ¿Quién os ha dicho que el *Contrato social* era un buen libro?
- Lo he visto leyéndole.
- ¿Y habéis leído otros malos para poder comparar?
- Sí.
- ¿Y á qué llamáis malos libros?
- Á el *Sofa*, *Tanzai* y *Neadarme*, y á otros de esta especie.
- ¿Dónde diablos habéis encontrado esos libros?
- En la biblioteca del barón.
- ¿Y cómo el barón se proporciona esas novedades viviendo en semejante rincón?
- Se las envían de París.
- ¿Cómo! ¿es pobre, según decís, y gasta el barón su dinero en tales boberías?
- No las compra, se las dan.
- ¿Ah! ¿se las dan?
- Sí, señor.
- ¿Quién?
- Uno de sus amigos, un gran señor.
- ¡Un gran señor! ¿sabéis el nombre de ese gran señor?
- Se llama el duque de Richelieu.
- ¡Cómo! ¡el veterano mariscal!
- Sí, el mariscal, eso es.
- Presumo que no dejará esos libros á la disposición de la señorita Andrea.

- Por el contrario, caballero, los deja en todas partes.
- ¿Y la señorita Andrea piensa como vos que esos libros son malos? preguntó sonriéndose con malicia el viajero.
- La señorita Andrea no los lee, caballero, respondió secamente Gilberto.
- El viajero calló por un momento. Era evidente que aquella singular naturaleza, mezclada de bueno y malo, de vergüenza y de atrevimiento, le interesaba á pesar suyo.
- ¿Y por qué habéis leído esos libros si sabíais que eran malos? continuó aquel á quien el sabio viejo había designado con el nombre de Acharat.
- Porque al abrirlos ignoraba su valor.
- Sin embargo, los habéis juzgado con facilidad.
- Sí, señor.
- ¿Y habéis continuado leyendo sin embargo?
- He continuado.
- ¿Con qué objeto?
- Porque me enseñaban cosas que no sabía.
- ¿Y el *Contrato social*?
- Dice lo que yo había adivinado.
- ¿Qué?
- Que todos los hombres son hermanos, que las sociedades están mal organizadas, que hay siervos ó esclavos, y que llegará un día en que todos sean iguales.
- ¡Ah, ah! dijo el viajero.
- Hubo un instante de silencio en que Gilberto y su compañero seguían andando; el viajero llevando al caballo de la brida, y Gilberto con la linterna en la mano.
- ¿Tenéis deseo de aprender, amigo mío? dijo más bajo el viajero.
- Sí, señor, es mi mayor anhelo.

— ¿Y qué queréis aprender? decid.

— Todo, dijo el joven.

— ¿Y para qué?

— Para elevarme.

— ¿Hasta dónde?

Gilberto dudó. Era evidente que tenía límites su pensamiento; pero esto era un secreto y no quería revelarlo.

— Hasta donde puede el hombre, respondió.

— ¿Pero al menos habréis estudiado algo?

— Nada. ¿Cómo queréis que estudie si no soy rico y vivo en Taverney?

— ¿Qué! ¿no sabéis algo de matemáticas?

— No.

— ¿Ni de física?

— No.

— ¿Ni de química?

— No: sé leer y escribir; á esto se reducen mis conocimientos; pero lo sabré todo.

— ¿Cuándo?

— Un día.

— ¿Por qué medio?

— Lo ignoro, pero lo sabré.

— ¡Muchacho singular! murmuró el viajero.

— Y entonces... dijo Gilberto hablando consigo mismo.

— ¿Entonces?

— Sí.

— ¿Qué?

— Nada.

Entretanto Gilberto y aquel á quien servía de guía hacía casi un cuarto de hora caminaban; la lluvia había cesado, y la tierra comenzaba á exhalar ese áspero perfume que en la primavera reemplaza las ardientes emanaciones de la tempestad.

Gilberto parecía que reflexionaba profundamente.

— Caballero, dijo, ¿sabéis lo que es la tempestad? ¿Sabéis la causa del rayo?

El viajero se sonrió.

— Es la combinación de dos electricidades, dijo, la electricidad de la nube y la electricidad de la tierra.

Gilberto dió un suspiro.

— No lo comprendo, dijo.

Tal vez iba el viajero á dar una explicación más comprensible al joven; pero desgraciadamente en el momento mismo una luz brilló á través del follaje.

— ¡Ah, ah! dijo el desconocido, ¿qué es eso?

— Es Taverney.

— ¿Hemos llegado?

— Esta es la puerta de los carros.

— Abridla.

— ¡Oh! caballero, la puerta de Taverney no se abre así como quiera.

— Pero ¿es una plaza de guerra vuestro Taverney? veamos, llamad.

Gilberto se acercó á la puerta, y con duda y timidez dió un golpe.

— ¡Oh! amigo mío, dijo el viajero, así no os oirán nunca; llamad más fuerte.

En efecto, nada denotaba que la llamada de Gilberto se hubiese oído. Todo estaba en silencio.

— ¿Tomáis bajo vuestra responsabilidad lo que suceda? dijo Gilberto.

— No tengáis miedo.

Gilberto, sin vacilar por más tiempo, dejó la aldaba y tocó la campanilla, que produjo un sonido tan claro que se le hubiera oído de una legua.

— Por vida mía que si vuestro barón no ha oído ahora, es menester que sea sordo, dijo el viajero.

— ¡Ah! ya se acerca Mahón, añadió el joven.

— ¡ Mahón ! repuso el viajero; esto es sin duda una galantería de vuestro barón para su amigo el duque de Richelieu.

— No sé, caballero, le que queréis decir.

— Mahón es la última conquista del mariscal.

Gilberto dió otro suspiro.

— ¡ Ay ! caballero, ya os lo he confesado ; no sé nada, dijo.

Estos dos suspiros eran para el extranjero la suma de una serie de padecimientos ocultos, de ambiciones comprimidas ó destrozadas.

En este momento se oyó ruido de pasos.

— Al fin, dijo el extranjero.

— Es el bueno de La Brie, dijo Gilberto.

La puerta se abrió; pero al ver al extranjero y su carruaje extraño, La Brie, sorprendido y que creía que sólo abría á Gilberto, quiso cerrar.

— Perdón, perdón, amigo, dijo el viajero; pero aquí venimos, y no es justo darnos con la puerta en las narices.

— Sin embargo, caballero, debo prevenir al señor barón de que una visita inesperada...

— No vale la pena de prevenirle, creedme. Afrontaré su mal humor, y si me despide no será, os respondo de ello, sino después de haberme calentado, secado y alimentado.

— He oído decir que el vino era bueno por aquí. Vos debéis saber de eso, ¿ eh ?

La Brie, en vez de responder á la pregunta, quiso resistirse; pero el viajero había tomado su partido y entró los caballos con el carruaje, mientras que Gilberto cerraba la puerta en un abrir y cerrar de ojos. La Brie, viéndose vencido, tomó el partido de anunciar por sí mismo su derrota, y tomando el portante

con sus viejas piernas, se dirigió á la casa gritando con toda la fuerza de sus pulmones :

— ¡ Nicole Legay ! ¡ Nicole Legay !

— ¿ Quién es Nicole Legay ? preguntó el extranjero siguiendo acercándose al castillo con la misma tranquilidad.

— ¿ Nicole, caballero ? contestó Gilberto con un ligero estremecimiento.

— Sí, Nicole, la que llamaba La Brie.

— Es la camarera de la señorita Andrea.

Á los gritos de La Brie, una luz apareció por entre los árboles, iluminando la encantadora figura de una joven.

— ¿ Qué me quieres, La Brie, preguntó, y porque tanto ruido ?

— Pronto, Nicole, pronto, dijo la voz balbuciente del viejo, vé y anuncia al señor que un extranjero, sorprendido por la tempestad, le pide hospitalidad por esta noche.

Nicole no hizo que se lo repitiese, se dirigió ligera-mente al castillo y al punto se perdió de vista.

En cuanto á La Brie, seguro ya de que al barón no le cogerían de improviso, se atrevió á tomar aliento por un instante.

Pronto el mensaje surtió su efecto, porque se oyó una voz acre é imperiosa que desde el umbral de la puerta, de lo alto de las escaleras que al través de las acacias se veía, gritaba con un tono muy poco hospitalario :

— ¡ Un extranjero !... ¿ quién es ? Cuando uno se presenta en casa de otro, da su nombre al menos.

— ¿ Es el barón ? preguntó á La Brie el que causaba todo este ruido.

— ¡ Ah ! sí, caballero, respondió el pobre hombre muy contrito, ¿ oís lo que pregunta ?

— Pregunta mi nombre... ¿no es verdad?

— Justamente. Y yo me he olvidado de preguntá-roslo.

— Anunciad al barón José Bálsamo, dijo el viajero; la semejanza de títulos desarmará tal vez á tu amo.

La Brie le anunció, un poco alentado con el título que acababa de ponerse el desconocido.

— Entonces bien, refunfuñó la voz; que entre, puesto que lo quiere... entrad, caballero, si os agrada... por aquí... bien... por aquí...

El extranjero se adelantó con paso rápido, pero al llegar al primer peldaño de la escalinata tuvo la curiosidad de ver si le seguía Gilberto.

Gilberto había desaparecido.

## IV

## El barón de Taverney

Aunque prevenido por Gilberto de la penuria del barón de Taverney, el que acababa de hacerse anunciar bajo el nombre del barón José Bálsamo, no por eso quedó menos admirado de la medianía de la morada, enfáticamente bautizada por Gilberto con el nombre de castillo.

No tenía la casa más que un piso formando un cuadrilongo, á cuyos extremos se elevaban dos pabellones cuadrados á manera de torrecillas. Este conjunto irregular no carecía con todo de cierta belleza pintoresca visto á la pálida luz de una luna que se deslizaba por entre las nubes quebradas por el huracán. Seis ventanas bajas, dos en cada torrecilla, es decir, una en cada piso; una escalerita bastante larga, pero cuyos dislocados escalones formaban pequeños precipicios en cada juntura: tal fué el conjunto que se ofreció al recién llegado antes de subir hasta el umbral, donde, como hemos dicho, esperaba el barón puesto de bata y con una palmatoria en la mano.

El barón de Taverney era un viejecito de 60 á 65 años, de mirada viva, pero fugaz, y despejada frente; llevaba una mala peluca, á cuyos bucles habían devorado las bujías de la chimenea poco á poco y accidentalmente lo que habían perdonado las ratas del armario.